

## LA CIUDAD RITUAL (La fiesta de las Fallas)

ARIÑO VILLARROYA, Antonio. Ed. Antrhopos, Barcelona, 1992.

### Las Fallas y sus valencias

Ante la mirada de un observador externo, un *outsider*, las Fallas provocan siempre un gesto de perplejidad al detectarse cómo en ellas se encierra una extraña paradoja. Y es que la primera impresión que desprenden en el espectador foráneo, en estas fiestas como en ninguna otra, es el hecho que resalta cómo la lógica social parece contraponerse desproporcionadamente a la lógica económica. La reflexión resultante destaca la grandiosidad de estas fiestas y el despilfarro excesivo que en ellas tiene lugar. Ambos polos aparentan un antagonismo radical durante el tiempo del festejo.

En el extremo de lo social, la fiesta de las Fallas, protagonizada por las redes informales, desempeña un importante papel de integración comunitaria autógena, al margen de las instituciones oficiales (estatales, eclesiásticas, patronales...). Cada falla, como un «potlatch» de barrio, figura simular un derroche y un despilfarro por encima de sus posibilidades reales. Esta rebosante energía social concentrada en el tiempo fallero es el elevado precio por dar vida al vecindario y a la ciudad, en un calendario festivo en donde se resalta la referencia a la igualdad.

En el extremo de lo económico cada falla se autofinancia con las aportaciones que fluyen a través de aquellos mismos canales de interacción social. Cada cual contribuye según sus posibilidades económicas, logística o artísticas. Por otro lado, las Fallas funcionan como un imán atractivo al turismo cuya captación en estos días amortiza en parte los elevados costes del evento.

Entre lo social y lo económico se ubica lo simbólico que expresa el valor que confiere sentido a la falla dando así coherencia a los polos anteriores. Cada año el fuego reduce a la nada todo un esfuerzo medido en horas, dinero, trabajo, materiales, creatividad..., recursos que en principio pudieran destinarse a otros asuntos más rentables o urgentes. El hecho de que no sea así otorga a la opción de la fiesta una relevancia indiscutible sobre el resto de los posibles usos alternativos que pudieran dársele a aquellos recursos, tangibles o inmateriales, que se ofrecen a las llamas. La voracidad de la hoguera recuerda, tal vez, la volatilidad y futilidad de la existencia, lo efímero del vivir, expresado en esta metáfora o alegoría humana. La vida es muy corta para tomársela en serio, podría ser una de los mensajes subliminales a extraer de ese crepitar que es el rumor del fuego. Pero en el fondo sigue persistiendo esa insatisfacción permanente de la pregunta que queda sin responder. ¿Cuál es el misterio que cada año se llevan las llamas en las Fallas? ¿Por qué ese ritual de convertirse en cenizas estas construcciones monumentales? ¿Qué significado podría otorgarse a esa destrucción tan singular de la creación?

Antonio Ariño trata de dotar de sentido al ritual flamígero asumiendo en su obra el inevitable riesgo que conlleva siempre recurrir a la interpretación etimológica y etiológica del síndrome fallero, escharbar en sus orígenes y rebuscar en sus causas. Para ello evitará caer en el origen del origen, que es el mito, fundado en el culto pagano al fuego como propiciador de la fertilidad y en la tentación reduccionista del folklore, que aísla las partes del todo, la anécdota de la cultura. Con la doble intención de remontarse a la génesis de la fiesta para rastrear su curso histórico y la de extraer sus motiva-

ciones para alcanzar a comprenderla, Ariño articula un dispositivo hermenéutico configurado por una batería de disciplinas integradas por la suma de una metodología histórica, centrada en el examen de fuentes documentales de archivo, de un modelo de análisis sociológico, basado en el estudio de la composición de la estructura social, y de un bagaje teórico y fraseológico proporcionado por la antropología, apoyado en el enfoque estructuralista. Con estas herramientas el autor emprende la tarea analítica de desmontar pieza a pieza la fiesta para tratar de encontrarle su generador y su sentido último, en definitiva su esencia ontológica y a la vez aquellas invariantes que trascienden a todas las manifestaciones festivas. Ariño escoge esta orientación para desarrollar el análisis de las Fallas y sus valencias axiológicas.

Con estos elementos el tratamiento de la fiesta fallera desemboca en el estudio de un hecho social que reúne los atributos de la "exterioridad", la fiesta como algo ajeno al sujeto y producido por la colectividad; la "coactividad", como un acontecimiento que se impone desde fuera aunque simultáneamente se interioriza desde la infancia, y la «coseidad», como sinónimo de impersonal y que escapa por tanto a las aportaciones individuales de los actores. Esta perspectiva obviamente posee sus ventajas dando por ejemplo pie para formular la teoría de la función integradora de la fiesta, si bien no consigue apresar la cuestión de la creatividad personal del fallero como elemento artifice de las fiestas y escultor de la imaginación social. Nada se nos dice de cómo se vive y siente la experiencia de la falla. Las motivaciones de los actores, en quienes radica y se deposita el espíritu festivo, forman parte del enfoque comprensivo, que pasa por las vivencias y emociones del individuo para llegar al fondo del sentimiento fallero. Sin embargo, los propósitos de Ariño aluden el trato con el sujeto, motivo por el cual no existe una etnografía centrada en las fuentes primarias.

Dicho esto, la exposición del autor podría descomponerse en los dos grandes bloques argumentales antes reseñados.

En el primero, que trata sobre la cuestión etimológica de la búsqueda de las raíces y orígenes de las Fallas, elabora una arqueología de la fiesta eludiendo los antecedentes ficticios e incontrastables, remontándose, pues, a los primeros vestigios constatables del ritual. Corría el año de 1849 cuando un periódico local recogía por primera vez una crónica de la fiesta. Pero aún es posible remontarse un poco más atrás. Registros de archivo datan el ritual fallero a fines del siglo XVIII, considerándose entonces como un festejo marginal en el calendario festivo autóctono, propio de las clases populares. Sin embargo, el festejo madurará hasta convertirse en la «fiesta mayor» de la ciudad.

La hipótesis que adopta Ariño para explicar este desarrollo se centra en el hecho de que las modificaciones de la estructura social permiten la promoción de las Fallas como la primera fiesta local: «El ascenso de las Fallas expresaba valores acordes con la peculiaridad de la nueva estructura social». El autor trata así de entroncar el texto fallero dentro del contexto histórico. Así, el emergente espíritu burgués y secular, producto de una Revolución Francesa basada en los valores de la Libertad y la Igualdad, genera un cambio que afectará también a la concepción de las fiestas. La celebración del Corpus pierde entonces su preeminencia al basarse en unos valores antagónicos que propugnaban la diferencia, la desigualdad y el mantenimiento de una jerarquía de capas sociales impermeables entre sí. De este modo, con los nuevos aires ideológicos, los ánimos del Corpus se irán apagando mientras se avivaban las llamas de las Fallas. Prueba del cambio social producido se observa en «la estructura profesional al disminuir la categoría de eclesiásticos mientras se incrementaban los profesionales liberales, administrativos y trabajadores cualificados». La tradición de la hoguera de San José, posible germen de las Fallas, habría de buscarse en el gremio de los carpinteros, los cuales, en vísperas de su patrón, quemaban restos de madera sobrante ante la puer-

ta del obrador, representando alegóricamente aquellas figuras locales o situaciones relevantes para un grupo vecinal.

Sin embargo, la estrategia etimológica de remontarse al origen nada aporta al significado actual de la fiesta. Como dice Ariño, «el origen no puede ser tomado como fundamento», ya que «la morfología, funciones y significados de la fiesta del siglo XX no tiene prácticamente nada que ver con los festejos del siglo XVIII». Concretamente podemos detectar una modificación paulatina de la estructura organizativa fruto de una creciente especialización y división del trabajo. El devenir histórico de la fiesta, en perpetua transformación, hace que vayan fluyendo sucesivos sentidos, nuevas estructuraciones organizativas, diferentes axiomas axiológicos... Las fiestas, desde esta perspectiva, expresan los valores de un tiempo y de un grupo humano. El sentido de la fiesta es fluctuante dependiendo de las variaciones del contexto, y por ello debe ser concebida como un producto derivado de una continua metamorfosis. Desde este enfoque no cabe preguntarse por la esencia fallera, ya que las respuestas pueden ser múltiples según la época y los actores interpelados.

En el segundo bloque, Ariño propone un modelo etiológico o de causación que intente explicar los cambios del sentido del ritual festivo dentro de las coordenadas de la ética y la estética fallera, el contenido y su forma, el significado y el significante.

El soporte plástico y visual de las Fallas era el medio más adecuado para emitir y difundir mensajes a una población con una alta tasa de analfabetización, permitiéndoles «leer» imágenes con significados locales. Al margen de esta función ilustrativa y pedagógica que comparten muchas otras fiestas imagineras puede evidenciarse a lo largo de la historia fallera una transformación esteticista del festejo. En este dar forma al mensaje se pasa de la tosquedad inicial de las figuras representadas a un mayor refinamiento en donde trata de imponerse «el buen gusto» y la perfección formal. Ello será también una resultante de las modificaciones en el seno de la estructura social. Si al principio la falla aparecía como una obra anónima y sin autor, paulatinamente aparece el artista que expresa sus cualidades dándole la justa forma a una idea. En este sentido, los premios a la obra mejor realizada contribuyeron a encauzar la orientación estética de las esculturas presentadas. Se instaura así la falla artística, que reflejaba mejor el ingenio y el temperamento creativo de los valencianos.

En cuanto a la dimensión ética, Ariño presenta una tipología sobre el contenido o el significado en función de las frecuencias del repertorio temático de las Fallas durante un amplio período. Establece así una clasificación entre crítica política, crítica social, crítica cultural, crítica moral, crítica festiva, humorísticas, apologéticas, contabilizando cada caso concreto en cada una de las categorías citadas y estableciendo porcentajes para medir con ello los criterios que animan el espíritu fallero. El análisis se ve completado con un estudio de la dinámica de la estructura social y de la estructura espacial (emplazamientos falleros). Se detecta a partir de ello una evolución del significado del ritual a lo largo de su historia.

La cualidad del símbolo, propio del mundo de la cultura, radica en su flexibilidad y labilidad frente a la rigidez del programa de los instintos o de las leyes deterministas de la naturaleza, vinculadas respectivamente al mundo biológico o físico. La maleabilidad del símbolo es consustancial al significado de las Fallas, que como tal es variable y polifacético. En la acción humana, entre el estímulo y la respuesta media el símbolo que hay que interpretar en su contexto cultural. La falla como tal es un objeto simbólico que expresa una relación particular entre significado y significante.

Las raíces simbólicas de la fiesta parte de un referente trascendente: los fuegos de la víspera de San José. Esta devoción josefina deriva en el siglo XIX en una festividad laica con un referente civil y secular, haciendo de las Fallas «una manifestación y expresión del descontento social, una protesta simbólica de la plebe» ejercida a

través de la crítica y de la sátira. Desde este contexto la cremación se interpreta como un acto de violencia simbólica, un ajusticiamiento popular contra la figura representada. En este sentido la incineración puede entenderse como sinónimo de renovación y purificación que arrasa con los vicios y actuaciones condenables de una sociedad. Se destruyen los males colectivos para recrear y regenerar las energías sociales. La figura representada por el *ninot* cumple la función de chivo expiatorio de la sociedad valenciana. Su destrucción simbólica restaura y reestablece los lazos de una comunidad erosionada y fragmentada por la decantación del tiempo que media entre falla y falla.

La intencionalidad crítica de la fiesta dará paso en el período finisecular al referente nacionalista de la «valencianidad», expresándose en ella la afirmación de la identidad colectiva, de lo valenciano tanto dentro (residentes nativos) como fuera (emigrantes) del territorio, una exaltación de las glorias y valores autóctonos.

De esta manera acaban por entrelazarse dos carriles axiológicos, fallas y valencianismos, dos ramales que terminan por converger convirtiendo a la fiesta en una conmemoración secular en donde se exalta el vínculo étnico que expresa la esencia prístina de la identidad valenciana. Aparece así un ascenso de la falla apologética que cobra una relevancia inusitada. Según el autor, «el mundo fallero extrae sus referentes temáticos cada vez más de su propio universo ideológico y se cierra sobre sí mismo, convirtiendo las Fallas en un lenguaje circular y autorreferente» (*ninot*, *plantà*, *cremà*...). La fiesta de las Fallas denota así la manera de ser valenciana. «Lo étnico, lo diferencial, se identifica con lo popular y encuentra su expresión más fidedigna en la fiesta de las Fallas». Asistimos entonces a un nuevo cambio del significado de la cremación. Las llamas y el fuego ya no cumplen la función de arrasar ni destruir la alteridad, sino que resaltan y acentúan la identidad. La falla apologética representa lo que une antes que lo que divide. El ritual ígneo se alimenta de banderas locales, de ilustres figuras valencianas (los hijos de la tierra), de referentes que exaltan la identidad adoptando la forma de objetos o sujetos representativos del alma valenciana. La quema o *cremà* es un sacrificio en donde se vierten los valores más sublimes y genuinos del pueblo, una ofrenda de autoafirmación colectiva para que el fuego conserve y devuelva esos símbolos entregados año a año durante la ceremonia. Las llamas de las Fallas son las portadoras y guardianas del espíritu valenciano, un cofre intangible en el que se entrega y deposita lo más valioso de la comunidad para permitir justamente su revitalización. La figura del *ninot indultat*, que se libra del fuego, y que aparece como práctica consolidada tras la guerra civil, ejerce de metonimia apologética que se extrae en la metáfora fallera, aquella parte que mejor expresa el todo, aquella nota que de manera más fiel define la identidad.

Por último, Ariño plantea la cuestión de las Fallas como religión civil del valencianismo, una consecuencia teórica derivada de la línea interpretativa durkheimiana extraída de «Las formas elementales de la vida religiosa», si bien se vincula lo sagrado a aquel campo de significación donde se desarrolla la acción ritual, antes que a un objeto concreto o totem. Lo contrario de lo sagrado no es lo secular, sino lo profano. Así pues, el creciente proceso de secularización no elimina el fenómeno de la sacralización que adopta la forma del culto al pueblo representado mediante la liturgia de la fiesta mayor de la ciudad, una práctica que deviene paulatinamente en autónoma al desarrollarse al margen de cualquier otra instancia que no sea la civil. «El pueblo se muestra como el auténtico sujeto histórico que protagoniza la historia de la falla». Los actos sagrados, frente a los profanos o cotidianos, están cargados en el rito de un ardor emotivo, de una efervescencia colectiva, de una febril excitación que irradia energía social canalizada a través de ese campo de significación fallero a través del cual la sociedad se autorrepresenta, se adora a sí misma y, en definitiva, se sacraliza.

La versión teleológica que ofrece Ariño de las Fallas comienza en la religiosidad popular de la devoción josefina y acaba en la religiosidad civil del culto étnico. En este sentido casi cabría hablar de una versión teológica de la fiesta del fuego valenciana.

RAFAEL A. CUESTA ÁVILA

GARMENDIA, J. A.: *Tres culturas (Organización y Recursos Humanos)*. Ediciones ESIC, Colección Cultura Empresarial e Innovación, Madrid, 1994.

El término "CULTURA DE LA EMPRESA" se acuña a principios de los años 60 y se consolida en la literatura sociológica en la década de los 70 avalado en gran medida por el impacto del llamado "milagro japonés" en el terreno empresarial, cuyo éxito pasaba a ser explicado por ciertos rasgos culturales que incidían sobre las variables económicas.

Podía, pues, hallarse en el seno de cualquier empresa un entramado de actitudes y comportamientos típicos, no explícitos en las actas constitutivas ni en los balances de la corporación, que los actores daban por sentado como algo natural y normal, sin que fueran incluso conocidos necesariamente a nivel consciente por los propios actores, acostumbrados y habituados a actuar diariamente de la misma manera.

Para el lector de formación antropológica e interesado en profundizar en cuestiones epistemológicas y metodológicas, relativas a lo que se ha dado en denominar como "cultura de la empresa", el libro del profesor J. A. Garmendia no deja de ser al mismo tiempo sugerente y provocador.

Sugestivo porque plantea una heurística ruta analítica para acercarse a este campo de investigación invirtiendo en ello un notable esfuerzo creativo en el que se propone un nuevo modelo de auscultación con aspiraciones holísticas a partir del cual acceder al nivel de la cultura existente en una organización económica.

Y controvertido, en lo que respecta a la estrategia que adopta esta modelización, en tanto que el principal instrumento analítico que el autor utiliza para alcanzar aquel objetivo no es otro que el "axiómetro" de la demoscopia, usada como medio de calibración que permite mensurar, y con ello comparar, la "cantidad de cultura" digitalizable en tres empresas seleccionadas dentro de un sector concreto (electrónico-informático).

Haciendo frente a posibles críticas, Garmendia justifica este criterio de análisis con el siguiente argumento: "[El hecho de] atrapar la cultura de la organización mediante técnicas (como las empleadas) puede que resulte superficial al crítico y profundo pensador de turno reacio a la medición. Nosotros hemos recurrido modestamente a la utilización de un instrumento clásico, el grafo de control, que, como todo lo clásico, ha merecido adhesiones y condenas".

Evidentemente la cuantificación puede llevarse a efecto siempre y cuando el objeto a estudiar devenga en mensurable. ¿Posee la cultura la cualidad de la cantidad o es aquélla irreducible al número?

El viejo debate abierto en los decimonónicos salones de diseño victoriano sobre la ontología o naturaleza de las "ciencias humanas, de la cultura o del espíritu" en nomotéticas (positivas-explicativas-cuantitativas-externas-universalistas) e ideográficas (interpretativas-comprensivas-cualitativas-internas-particularistas) resulta obsoleto y caduco. Hoy los estados absolutos han dejado paso a los estados relativos, lo discreto a lo continuo. El rígido esquema binario se considera superado en la actualidad con la aceptación de la pluralidad metodológica como combinatoria ecléctica, siempre y cuando se planteen las preguntas pertinentes y se obtengan las respuestas relevantes a